

EL NUDO DE MI CORBATA

Es horrible poder borrar todo lo que se escribe. El mismo espacio que ocupan estos caracteres en la pantalla del ordenador lo ocuparon otros antes, frases que revelaban verdades demasiado duras para ser pronunciadas. Tras escribir lo que no quería leer sobre mí mismo, mi dedo se dirigió raudo y veloz a la tecla que eliminaría todos mis miedos y mis sueños frustrados; en cuestión de segundos, las verdades dolorosas dejaron de existir y ya sólo quedó la palabrería vacua que ahora recorre estas líneas. Es patético que con una sola tecla se puedan borrar tantas vidas como las que yo he suprimido con mi dedo índice. Cada vez que borro un párrafo, que elimino un relato, me siento como si estuviera apretando el detonador de una bomba que aniquilará a los personajes que habitan mi mente. Esos seres defectuosos ya nunca verán la luz y quedarán anclados en mi recuerdo hasta que supere mi sentimiento de culpabilidad y logre olvidarlos. Entonces morirán para siempre y haberlos creado sólo habrá supuesto una gran pérdida de tiempo. Morirán las palabras nunca pronunciadas y, con ellas, morirá un poco más su creador.

De nada sirve decir que siempre quise ser escritor, porque es mentira. He querido ser muchas cosas y, a mis veinticinco años, sigo sin saber a qué me dedicaré en el futuro. No sé por qué hablo de futuro cuando debería hablar de presente. Aún no he aceptado esta nueva condición de persona adulta que tiene que ganarse el pan de cada día. En mi mente, sigo siendo ese chiquillo que sólo piensa en divertirse, estudiar alguna carrera universitaria, la que sea, y disfrutar de la vida. Los días de universidad y de becas han terminado y ahora, de golpe y porrazo, no me queda más remedio que ser realista y aceptar la situación en la que me encuentro. Ya no soy un niño, aunque pertenezca al movimiento filosófico de Peter Pan. Es el momento de renunciar a los sueños y buscar un trabajo, de encontrar una pareja estable, llamémosla Wendy, de pedir un piso de protección oficial, de comprarme un perro, tal vez. Y no estoy preparado para ello.

Me miro en el espejo y ya no veo al mismo. El hombre con barba de dos días que me sonrío desde el otro lado ha vivido mucho, se le ve en los ojos. Por las pequeñas patas de gallo que puedo observar en su piel, mi otro yo ha reído mucho, lo ha pasado bien, ha tenido una vida plena y satisfactoria. ¿Por qué tiene que dejar de reír ahora? Sin hablar, me pregunta por qué

motivo debe renunciar a la vida que había llevado hasta este momento, a lo que él consideraba *su vida*. Debieron avisarle en su día de que aquella manera de vivir, la de las noches sin dormir, las fiestas con los amigos, las largas vacaciones, su beca Erasmus en Italia, su viaje de fin de carrera a la República Dominicana, las cañas de nunca acabar, Natalia, María, Celia y todas aquellas chicas a las que besó esas noches de borrachera... Debieron avisarle de que aquel tipo de vida no iba a durar eternamente.

¿Qué ocurre con mis sueños? Ya nunca llegaré a ser director de cine, más que nada porque he estudiado una carrera que poco o nada tiene que ver con el séptimo arte. Seré un abogado de tres al cuarto que alquilará todos los estrenos del videoclub de la esquina, pero ya está. A partir de este instante ni siquiera volveré a hacer montajes de vídeos caseros para reírme con los amigos, porque se tratará de una gran pérdida de tiempo, y, por supuesto, ya nadie gritará mi nombre para que suba al escenario de los premios Oscar.

Alberto Ríos pasará de ser un Don Juan del Botellón a ser un Don Nadie del Bufete, pero esto no supondrá ningún fracaso, sino al contrario. Mi madre se regodeará en el mercado de que su hijo es abogado, aunque le haya costado dos años más de la cuenta acabar la carrera de Derecho, *que es una carrera muy dura*. Las vecinas aprovecharán la ocasión para compararme con Juan, el de *la Manoli*, que se fue a Madrid a estudiar Arte Dramático y ahora es drogadicto y *maricón*.

-Así que deberías estar contenta, hija –dirán. Y mi madre lo estará.

Pero yo no lo estoy. El Alberto Ríos que todos conocen sí que lo está, claro que es feliz, siempre con una sonrisa en los labios y una palabra amable. Pero yo estoy hablando desde detrás del espejo y no soy feliz. Yo quiero seguir soñando, creer que puedo conseguir todo lo que me proponga, sin darme cuenta de que necesito dinero para mantener esta felicidad, y que para conseguirlo tengo que trabajar, como abogado, como reponedor, como albañil, como cualquier cosa, pero nunca como escritor, como director de cine, como actor. Jamás me ganaré la vida a base de sueños absurdos, ya que el arte, lo que la gente llama cultura, no da de comer, no es real, es sólo para unos pocos. Yo tengo que ser abogado, quiera o no. La sociedad me presiona para que lo sea, directa e indirectamente. Todos mis compañeros de clase ya están trabajando en bufetes, cobrando cuatro duros, explotados, odiando a sus jefes con todas sus fuerzas, pero a la vez haciéndoles la pelota sin que se note demasiado, porque así funcionan las cosas. Y ahora me toca a mí convertirme en uno de ellos si quiero prosperar en la vida. Tengo

que unirme al ejército de Cyborgs que pueblan los despachos, dejar de pensar, pero sobre todo dejar de soñar.

Desde hace meses me dedico a hacer listas. Soy una de esas personas olvidadizas que necesitan llenarse el escritorio de hojitas amarillas en las que escriben cosas como COMPRAR EL PAN, RENOVAR DNI URGENTEMENTE o CITA CON CELIA EN LA PLAZA A LAS 5. Hago listas para planificar mis días tristes de recién licenciado en paro. Hago listas de la compra cuando voy al supermercado, las cuales rara vez respeto, por cierto. Pero también hago listas *para ser feliz*, como yo las llamo. Me siento en mi escritorio y pienso concienzudamente en aquello que necesito para alcanzar ese don preciado que denominamos felicidad. Es muy triste recurrir a este tipo de ejercicios, ya que desde el momento en que escribes el título de la lista queda claro que no eres precisamente la persona más dichosa sobre la faz de la tierra, sino más bien todo lo contrario. Ser infeliz es triste, hacer una lista que te ayude a combatir este sentimiento de pena es aún más triste y si renuevas la lista cada semana, sin sacar nada en claro ni cumplir una décima parte de todo lo que te habías propuesto, ya es el colmo de la tristeza. Pero así soy yo, a pesar de que la gente que me rodea piense que me encanta mi vida. Ellos conocen al Alberto divertido que nunca se niega a tomarse *la última*, al que baila salsa con desconocidas en las discotecas, al que se ha recorrido media Europa de interrail. Ellos no están conmigo en este piso de ventanas angostas, mientras escribo mis listas, mis guiones o estas palabras amargas. Nadie es tan feliz como parece. O, mejor dicho, nadie es feliz veinticuatro horas al día, siete días por semana, todos los meses del año. Ni siquiera yo.

En mi última lista escribí, por ejemplo, que quería *irme a vivir a las islas Canarias (1)*, ya que el invierno se aproxima y yo prefiero el calor al frío; además he oído que los rayos de sol contienen una vitamina especial que nos hace más felices. También escribí que quería *trabajar en una tienda de libros (2)*. Creo que ésa es una fantasía que albergaré siempre: el verme rodeado de libros, aprendiéndome de memoria los títulos, el nombre del autor, su ubicación dentro de la tienda... *Aprender francés (3)* es otro de los puntos de mi lista. *Trabajar como voluntario en un país sudamericano* sería el punto número (4). *Componer una canción (5)*. *Escribir una novela (6)*. *Ganar un Oscar (7)*. *Aprender a tocar la guitarra (8)*. *Hacer un trío (9)*. *Tener un hijo (10)*... Y la lista continúa, pero de poco sirve enumerar aquí las cosas que quiero hacer pero nunca podré llevar a cabo.

Si me seleccionan en la entrevista de trabajo de mañana, comenzaré a trabajar ipso facto para Antonio Tolentino, el prestigioso abogado que me contratará como becario y me explotará por dos duros. Si esto sucediera, ya nunca podría trabajar en esa tienda de libros de Tenerife, ni montarme un trío con dos de mis clientas, una de las cuales se quedaría embarazada y daría a luz un hijo para el que yo, tras aprender a tocar la guitarra con un curso de CCC, compondría una canción maravillosa. Mi vida sería aburrida y gris, a la sombra de un gran abogado, grande por su talento pero también por su gordura. La sombra de Antonio Tolentino es alargada y tan amplia que, en el caso de que me eligieran para el puesto, no volvería a ver la luz del sol, porque esa masa de carne y prestigio bloquearía cualquier rayo cargado de vitaminas de felicidad que intentase llegar hasta mí.

-Ya tienes la camisa planchada y el traje listo para mañana –me acaba de decir mi madre.

-Gracias, mamá.

Para más INRI, odio los trajes y me asfixian las corbatas. Sigo sin comprender por qué estudié Derecho y me quedé aquí, en lugar de irme a Madrid a estudiar Comunicación Audiovisual o Arte Dramático, como hizo Juan, aunque eso me convirtiera ahora en drogadicto y homosexual a ojos de las vecinas. Tampoco entiendo por qué la opinión de las vecinas me importa tanto, cuando en realidad ellas no me conocen en absoluto y, por tanto, no tienen derecho alguno a juzgarme. El qué dirán debería resbalarme, no afectarme en absoluto, y sin embargo está siempre presente; cuando hablan bien de mí me enorgullezco y cuando hablan mal me muero de la rabia y de la vergüenza. ¿Por qué extraño motivo me afecta tanto lo que piensen de mí cuatro desconocidas incultas y criticonas? ¿Qué opinará Juan de que lo tachen de *maricón* y de drogadicto? Es cierto que Juan es homosexual, pero no considero que fumarse un porro de vez en cuando como él hace les ofrezca a las vecinas la posibilidad de considerarle drogadicto y pregonarlo a los cuatro vientos. El chismorreó de la gente es asqueroso y sus vidas son tan aburridas que no tienen otra cosa mejor que hacer que inmiscuirse en las de los demás y destrozarlas a dentelladas. ¿Por qué voy a ser abogado si no quiero? ¿Por qué mañana me vestiré con la mejor de mis sonrisas y con ese traje que me observa, maléfico, desde su percha, para que Tolentino me acoja en su seno? ¿Por qué no rebelarse? ¿Por qué no huir con lo puesto? ¿Por qué?

A las nueve menos cinco estaba en el bufete de Antonio Tolentino, con el mismo traje que llevé el día de mi graduación y la misma sonrisa falsa pintada en los labios. Me hicieron esperar diez minutos y, finalmente, pasé a su despacho. Nunca imaginé que sería el propio Tolentino el que me hiciera la entrevista y, sin embargo, allí estaba, apoltronado en su silla de cuero, serio, con papeles esparcidos por toda la mesa, como si estuviera demasiado ocupado. Pura fachada. Mi amiga Marta trabaja para Tolentino desde hace varios meses y entre copas me confesó que *el gordo cabrón*, como ella suele llamarle, se pasa el día en el despacho viendo programas del corazón. Por lo visto, tiene una decena de becarios que hacen el trabajo sucio por él, lo cual le da total libertad para dedicar todo su tiempo a la que es su verdadera pasión: el cotilleo.

-¿Tienes novia? –me preguntó en mitad de la entrevista, después de haber hablado de mis años de universidad, mi estancia en Italia y mis planes para el futuro.

No entendía a qué venía aquella pregunta tan personal cuando el hecho de que yo tuviera o no pareja nada tenía que ver con el puesto de becario en cuestión. Me cambió la expresión del rostro y Tolentino se dio cuenta. Si había estado serio durante toda la entrevista, al ver mi rechazo ante su pregunta, su seriedad pasó a convertirse en mala leche.

-¿No piensas responder a mi pregunta? –inquirió, malhumorado por mi largo silencio.

-Sí, claro, perdone. Eh... No, no tengo.

Pensé en preguntarle quién narices era él para inmiscuirse en mi vida privada y también quise saber qué ganaba descubriendo si yo tenía novia o no, pero no me atreví a hacer otra cosa que no fuera acatar sus órdenes y bajar la cabeza. Si quería aquel puesto, cosa de la que no estaba seguro en absoluto, tenía que aceptar el escalafón social en el que me encontraba y comportarme tal y como se esperaba de mí, de la forma más sumisa posible. Un becario era una mosca y el dueño de un bufete como Tolentino era un tiranosaurio, no sólo por su tamaño sino también por sus impulsos carnívoros, por lo cual un aspirante a becario como yo no era más que una pulga, diminuta y saltarina, deseosa de convertirse en mosca, si es que ese tipo de metamorfosis fuera posible, claro. En todo caso, pulga o mosca, siempre seremos considerados sucios insectos por un ser de tamañas magnitudes como el tiranosaurio. Sin embargo, la evolución es sabia y, al igual que los dinosaurios se extinguieron, mientras que pulgas, moscas y gusanos continúan reinando sobre la Tierra, el tiempo de los Tolentinos pasará y los insectos serán los dueños del Universo.

-¿Y por qué no? Un abogado joven como tú debería tener una novia.

Las prisas de mi futuro jefe por casarme y que engendrarse un par de hijos me sacaron de golpe de mi visión apocalíptica de larvas, moscas y pulgas. La conversación se me estaba yendo de las manos. ¿Por qué ese afán en que sentase la cabeza? Sólo tengo veinticinco años.

-A tu edad yo ya estaba casado y con dos hijas –añadió mientras se atusaba las canas.

-Eran otros tiempos –salió de mi boca, inconscientemente.

-Sí –rió Tolentino, entre dientes -. Hoy en día los jóvenes no queréis trabajar. Sólo pensáis en emborracharos haciendo botellón y en echar polvos a diestro y siniestro.

Mis ojos se abrieron como platos ante las palabras de Tolentino. Me mordí el labio inferior para contenerme y no responder, hasta que me hice sangre. Luego pensé que no quería trabajar para aquel hombre y que, por tanto, no debía callarme si estaba en desacuerdo con él.

-No me parece justo, Antonio, que meta a todos los jóvenes en el mismo saco.

-Cállate –me ordenó -. Si vas a trabajar aquí, quiero que te quede clara una cosita: lo que yo diga va a misa. Además, sabes que llevo razón. ¿O me vas a decir que tú no vas al parking ese todos los jueves, a ponerte como una cuba y a liarle con la primera que pasa?

-No –contesté, pero con la boca pequeña de los mentirosos. Me ofendía su crueldad y sus malas maneras, pero no podía negar lo innegable. Yo siempre fui un asiduo del botellón; defender lo contrario habría sido renegar de una parte de mí.

-No te creo... Alberto, tardaste dos años más de la cuenta en acabar la carrera... Está claro que eres un vago. Y no sé si quiero un vago trabajando para mí. Ya te llamaremos. Tengo más entrevistas que hacer, así que si me haces el favor...

-Pero... -traté de articular palabra, pero la situación se me había ido de las manos. Nadie podía llevarle la contraria a Antonio Tolentino. Me encontraba en una postura de sumisión total. Él tenía el poder, el trabajo, el dinero. Yo no tenía nada que ofrecerle, si acaso mis servicios a cambio de un mal sueldo y algún que otro insulto de vez en cuando, como el que acababa de regalarme.

Vago. Soy vago. Siempre lo he sido y, posiblemente, siempre lo seré. Era tan fácil conseguir ese puesto de becario, incluso para una pulga como yo. Y sin embargo, ponerme aquel traje no había servido de nada, estrecharle la mano sudorosa a aquel gordo había sido en vano y mis fingidas miradas de admiración, parpadeos atónitos incluidos, habían caído en saco roto.

Me levanté de la silla con rapidez, deseando que la tierra me tragase. Mi cara reflejaba sorpresa, pena y la rabia más feroz al mismo tiempo. Le di los buenos días más fríos del mundo

y, con la cabeza alta y las rodillas temblorosas, salí de su despacho. Oí el ruido de la tele encenderse a mi espalda.

El odio invadía toda mi sangre. Viajaba a velocidad de vértigo dentro de mi cuerpo, impregnando cada órgano, concentrándose sobre todo en mi estómago. A paso veloz, me dirigí hacia la salida, ignorando a una Marta ilusionada, esperanzada con verme por aquel despacho más a menudo, creyendo que había conseguido el trabajo, pues la mayoría de nuestros compañeros habían acabado trabajando en aquel bufete. Todos menos yo, el más inepto, el más vago, el imbécil.

Vomitó en la primera papelerera que encontré a mi paso. Me abracé a ella y la colmé con susurros de odio y grandes arcadas, en medio de una de las calles principales de la ciudad. Los sueños de mis padres quedaban en el fondo de aquella papelerera, impregnados de vómito, mientras que su único hijo se limpiaba la boca con la manga de la chaqueta. Los transeúntes me miraban estupefactos. Hacían comentarios respecto a la escena que estaban observando, pero nadie se acercó para preguntarme si estaba bien.

Me dieron ganas de tirar el traje entero a la papelerera, de quedarme completamente desnudo en mitad de la calle y echar a correr hacia la primera isla que encontrase a mi paso, para vivir como un náufrago, solo, donde dinosaurios como Tolentino no rigieran el mundo y yo fuese libre, un lugar en el que el nudo de aquella corbata no volviera a asfixiarme nunca más. Sin pararme a pensarlo, aflojé el nudo de mi corbata color lavanda, ahora manchada de vómito, me la quité de un solo movimiento y la arrojé al lugar donde yacían los sueños de mis padres, mi título de licenciado en Derecho y mi esperanza de futuro. En aquel mismo instante supe que era libre. Y las náuseas desaparecieron por completo.

-¿Y tu corbata? ¡Qué mala cara traes, hijo! ¿Qué te han dicho? ¿Has conseguido el empleo? Sólo una madre posee el don de hacer mil preguntas en cuestión de segundos. Medité mi respuesta, sabiendo que la verdad le partiría el corazón.

-En la basura. Lo sé, he vomitado y todo. Que soy un vago. Obviamente no, mamá, nadie quiere darle trabajo a un gandul como yo –pensé.

-Me la he dejado en el despacho. Estoy un poco mareado, de la emoción... Mañana tengo que estar en el bufete a las nueve, mamá –dije, sin embargo.

Mi madre me colmó de besos y abrazos y bajó a comprar churros para celebrarlo. Eran casi las doce, pero aquél era un día tan especial para ella que no pasaba nada porque desayunáramos

dos veces. A los dos nos encantan los churros. Ya casi nunca los compramos porque a mi padre se los prohibieron cuando le subieron los triglicéridos. Si el ilustrísimo profesor de universidad, don Luciano Ríos, se enteraba de que su hijo había fracasado estrepitosamente y que, acto seguido, había mentido a su madre con el vil propósito de comerse unos churros a sus espaldas, los triglicéridos no iban a ser lo único que se le iba a poner por las nubes.

Han sido los churros más amargos que he comido en toda mi vida.

Tras el segundo desayuno del día me he metido en mi cuarto a llorar. No quiero ser abogado. Debería estar contento de que Tolentino haya pasado de mí, pero no quiero decepcionar a nadie y sé que, después de este fracaso, la desilusión será mi nueva compañera de habitación. Y viviremos todos juntos: Luciano, mi madre, la desesperanza y yo, alimentándonos a base de churros amargos por los siglos de los siglos. Amén.

Tengo que evitarlo. No puedo seguir mintiendo. Tengo que huir. Necesito huir. ¿Por qué demonios no cojo mi absurda *lista para ser feliz* y empiezo a cumplir mis objetivos, por extravagantes que sean? Sé que conseguir un Oscar no depende de mí, pero nunca lo ganaré si no lo intento. Jamás me darán un premio al mejor director por una película que no existe. Nunca escribiré una novela si no me siento frente al ordenador y empiezo a darle vueltas al coco. Podría empezar por escribir un guión de cine en el que Antonio Tolentino muriese comiendo pollo frito. Me encantaría ver algo así en la gran pantalla.

No digo más que tonterías. Debería hablar con Marta y pedirle que interceda por mí ante el *gordo cabrón*. Necesito repetir esa entrevista y la próxima vez seré tal y como Tolentino quiere que sea.

Siempre fui de los más flexibles en clase de gimnasia, ¿por qué no aplicar esa flexibilidad de mi cuerpo a mi mente? Debería dejarme moldear por las gruesas manos de Tolentino, como si fuese un pedazo de arcilla. Él sabe el tipo de jóvenes que este país necesita. Él, que ha llegado a la cima, sabe cómo hay que comportarse exactamente para ser ALGUIEN en el futuro.

¿Pero qué ocurrirá si algún día me convierto en *alguien* como él? ¿Qué sucederá si me moldea a su imagen y semejanza? No quiero convertirme en un gordo malhumorado adicto a los programas del corazón que se cree mejor que nadie. Si mis padres hubiesen sabido que ése es el futuro que me espera, tal vez no habrían puesto tanto empeño en que estudiara Derecho en lugar de Comunicación Audiovisual. Puede que el gran error de mi vida fuese escoger una

carrera influenciado solamente por la voluntad paterna, con el único propósito de que mi padre cumpliera el sueño de su vida: tener un abogado en la familia.

No seré yo ese abogado. Quizás debieron tener más hijos, para asegurarse de que al menos uno de ellos acabase estudiando leyes.

Mi madre nunca debió llevarme al cine si lo que querían era convertirme luego en una máquina de defender o de atacar. Jamás debió leerme un cuento, dándole a mi imaginación unas alas que, antes o después, iban a ser cortadas. ¿Por qué se empeñaba en que dibujase cuando era un crío si después iba a hacer una bola de papel con todos mis sueños para tirarla a la basura? Al final, tanto mis sueños como los suyos acabarán en el mismo lugar: en el fondo de una papelería, junto a una corbata color lavanda bañada de vómito. ¿Es eso lo que quiero?

Celia aún no puede creerse que vaya a largarme de aquí. Le he confesado mis planes entre cañas y se ha reído en mi cara. No piensa que tenga el valor suficiente para abandonarlo todo. No cree que esté dispuesto a renunciar a mi vida actual por el mero hecho de no haber pasado una entrevista de trabajo. No me imagina capaz de abandonarla tan fácilmente.

-Para ti es fácil. Tú has estudiado lo que te gusta y te dedicas a ello. Yo no sé lo que quiero hacer con mi vida, pero lo que está claro es que no quiero ser abogado.

-¿Tú crees que disfruto aguantando a niños rebeldes en el instituto? ¿Crees que no oigo sus insultos a mis espaldas? ¿Acaso crees que ser profesora de secundaria es fácil? Pues te equivocas. Pero no por ello voy a hacer las maletas a la primera de cambio para largarme a perseguir un sueño absurdo. Los sueños, sueños son, ya lo dijo Calderón.

Celia aprovecha siempre la más mínima ocasión para citar a alguno de sus autores favoritos. Es el tipo de personas que aún habla usando refranes. Está orgullosa de haber estudiado Hispánicas a pesar de que en su casa se empeñaban en que se matriculase en Económicas, una carrera con muchas más salidas, claro está. Sin embargo, a pesar de las pocas perspectivas de futuro que prometía su carrera, Celia acaba de aprobar las oposiciones y ha conseguido plaza en un instituto como profesora de lengua y literatura. Trabajo fijo con buen sueldo y las mejores vacaciones para toda la vida. Un buen partido. Nada que ver conmigo.

-Tengo que irme, Celia. No me queda otra salida.

-¿Por qué no hablas con tus padres y les dices la verdad? Tienes veinticinco años, Alberto. Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones. Si te quieres ir a vivir a Tenerife o a la

Patagonia, vete, pero huir no es la solución y lo sabes. Además, vayas donde vayas, tu problema irá contigo.

-¿Y cuál es mi problema? –quise saber, ya que parecía que Celia era un Oráculo cargado de respuestas.

-Tu problema es que no quieres crecer, Alberto. Tienes que entender que la vida real no es una fiesta constante, que también hay obligaciones y problemas, y que a veces hay que comprometerse con las cosas, pero también con las personas, y que no puedes pasarte la vida eludiendo compromisos o responsabilidades. Tienes que poner los pies en la tierra ya, aquí, en Canarias o donde tú decidas, pero tienes que enfrentarte a tus miedos. Tienes que ser valiente y luchar. Y también tienes que comprender que nunca ganarás ese Oscar.

-¿Por qué no? –necesité saber, herido, viendo mis sueños frustrados por el realismo aplastante de Celia.

Mi cruel amiga se subió las gafas con el dedo índice y me miró fijamente a través de sus cristales. No dijo nada. Esperaba que encontrase las respuestas por mí mismo. Bebió un trago largo de cerveza, sin quitarme ojo de encima. Después se humedeció los labios y dijo:

-Porque para ganar ese Oscar tienes que hacer muchas más cosas antes. No puedes pasar directamente de estar tirado en el sofá viendo películas a triunfar en Hollywood. No tiene sentido, Alberto. Si de verdad es eso lo que quieres, tienes que dirigir tus pasos en esa dirección. Tienes que marcarte un camino claro y seguirlo hasta el final. Tienes que ser **CONSTANTE**.

-Caminante, no hay camino... -añadí yo, interrumpiendo su perorata, esperando que ella misma, amante de las citas como era, acabase mi frase.

-Se hace camino al andar... Sí, esa es otra opción. Haz la maleta y vete, hoy mismo. Pero así no ganarás un Oscar. De hecho, no creo que quieras ganar esa estatuilla. No creo tampoco que te arrepientas de haber estudiado Derecho. Simplemente, creo que estás intentando no comprometerte con tu vida adulta, al igual que no quisiste comprometerte en una relación seria con Natalia, ni con María, ni conmigo. Siempre has huido, Alberto. No tiene sentido que intente pararte. Tal vez sea ése tu destino: la eterna huida.

El recuerdo de nuestros besos pasados ensombreció la atmósfera. La cerveza me supo más amarga que nunca. Los labios de María, los ojos de Natalia, inundaban el espacio, flotaban en el aire. El cuello de Celia, tenso ahora por el nerviosismo del momento, tan cálido y suave en su día, lucía las huellas invisibles de unos besos ya casi olvidados. Celia me quiso mucho y yo

no supe corresponderle como era debido. Yo también la quise, pero siempre me quise más a mí mismo. Por eso, después de Celia, la historia se repitió con María y sus labios carnosos. Habría pasado mi vida junto a aquellos labios, si hubiera estado dispuesto a aceptar que las comisuras de su boca marcaban los límites de mi destino.

Me negaba a ver el futuro en los ojos de Natalia, a pesar de verme reflejado en ellos tal y como era, con mis miedos y flaquezas, aun sabiendo que eran aquellos ojos los que quería encontrarme cada mañana.

Dejé que se fueran todas, lejos de mí, con sus ojos, sus labios, sus cuellos, odiándome. Tras los millones de besos, sólo quedaron miradas de rencor, palabras envenenadas, yugulares tensas. Y yo me quedé solo, quejándome al viento, oyendo la lluvia repiquetear en los cristales, llorando, creyendo que la culpa no había sido mía, cuando en realidad fui yo el que las abandonó.

Celia tenía los ojos húmedos. Acerqué mi mano a su cara, para intentar secarle las lágrimas con mi pulgar, como solía hacer cuando me contaba algún problema y acababa llorando como una niña. Pero esta vez no me dejó. Lentamente, apartó mi mano con la suya, apartando al mismo tiempo la mirada.

-Haz lo que quieras, Alberto. Siempre lo haces. Yo soy tu amiga y voy a apoyarte en cualquier decisión que tomes. Y si te vas a vivir a Canarias, prometo ir a visitarte. Pero ya te digo que tampoco vas a durar mucho en las islas. Mientras sigas sin aceptar la vida tal y como es, seguirás huyendo de ella. Huirás del trabajo, de tus padres, del amor... Pero nunca podrás huir de ti mismo. Eso que te quede claro.

Al salir del bar, me despedí de Celia con dos besos y un fuerte abrazo que duró una eternidad. Ninguno de los dos quería separarse del otro porque, si seguía adelante con mi plan, no sabíamos cuando volveríamos a vernos.

Las calles estaban empapadas y las gotas de lluvia se estrellaban contra el suelo. La observé mientras se alejaba, bajo su paraguas morado, y la vi perderse entre la multitud que corría a resguardarse en los soportales. Me puse la capucha y eché a correr, sin saber muy bien adónde dirigir mis pasos. Corrí por las calles, saltando charcos como un loco, esquivando a las personas que encontraba a mi paso, deseando perderme, desaparecer con esa lluvia, convertirme en un río y acabar en el mar. O en las cloacas. Lejos de mis padres, del bufete de Tolentino, de mi ciudad, de Celia, pero sobre todo lejos de mí mismo.

Ya había dejado de llover cuando llegué a casa. Entré tosiendo, calado hasta los huesos, helado de frío. Me fui directo a mi cuarto para cambiarme de ropa. Mi madre llamó a la puerta con los nudillos y preguntó si me encontraba bien. Por las horas que eran mi padre debía de estar en el salón, leyendo, como cada tarde. No quería verlo. No quería que me preguntase acerca de mi nuevo trabajo, ése que en realidad no existía. A él no podía mentirle. Me conoce demasiado bien.

Me hice una manzanilla para entrar en calor y para que se me asentase el estómago. Seguía teniendo náuseas. Le eché la culpa a los nervios. A las mentiras que iban a salir por mi boca en cuanto entrase en el comedor.

-Enhorabuena, hijo. Ya me ha dicho tu madre que mañana empiezas a trabajar para Antonio Tolentino. Estoy orgulloso de ti.

Siempre había soñado con que mi padre me dijese algo parecido. Me odié a mí mismo por permitir que ese ansiado momento no fuese más que el resultado de una gran mentira.

-No es para tanto, papá. Sólo soy un becario más. Además el sueldo es de risa.

-No importa. Lo importante es que ya estás dentro. Ya has metido la cabeza. Poco a poco irás subiendo posiciones y algún día tendrás tu propio bufete.

Me sonrió desde su sillón, con un libro de Kafka en las manos. No podía permitir que la mentira llegase más lejos. Mi padre debía saber que jamás seré abogado, a pesar de haber estudiado siete años para conseguir un título que pronto colgaría de la pared del comedor. Allí también estaba mi orla, donde mi cara se perdía entre decenas de caras. Cabezas flotantes, todas en un mismo mar. La misma sonrisa forzada para la foto. Cada uno con sus sueños, sus planes de futuro, sus notas medias de expediente. Vidas muy diferentes a la mía, que colgaban de la pared de mi comedor. Ojos en blanco y negro que me pedían que fuese fiel a mis principios, que parecían a punto de gritar al unísono una verdad que me atronaba los oídos.

-No quiero ser abogado.

Fui yo el que habló. A Luciano se le cayó *El proceso* al suelo. Mi madre acababa de entrar en el salón con los churros que habían sobrado a mediodía. En mi hogar, tan sólo se oía el tictac del reloj del pasillo y el repiquetear de las gotas en las ventanas. Había empezado a llover de nuevo.

Luciano me preguntó a qué venía algo como aquello. Mi madre se dirigió a su sillón correspondiente, cabizbaja. Los dos me contemplaban desde los puestos de mando que

aquellos sillones representaban para mí. Yo les observaba desde el centro del comedor, de pie, mientras intentaba que mis rodillas no flaqueasen y me hiciesen caer al suelo estrepitosamente.

-Mamá. Siento haberte mentido esta mañana. Tolentino no me dio el trabajo. Sigo en el paro.

Mi madre no se sorprendió en absoluto. Algo dentro de ella le había dicho que todo era una farsa, tal vez mi forma de comer churros, mucho más triste y pausada que normalmente. Las madres lo saben todo, aunque no lo digan. A veces prefieren callar para que la vida que nos dieron siga su propio curso, pero ellas saben exactamente lo que es mentira y lo que no.

-Bueno, que Tolentino no te haya contratado no significa que tengas que tirar la toalla – añadió mi padre, mucho más relajado, creyendo que ése era el motivo que me llevaba a renegar de la abogacía.

-No es sólo eso, papá. Yo nunca quise ser abogado. Me metí en Derecho porque os hacía ilusión a los dos, porque no me quedaba más remedio si quería veros felices.

-No nos culpes de tus fracasos –fue su respuesta.

Mi madre apartó la mirada, tal como hizo Celia. Nadie quería ver aquel puñal invisible clavado en mi corazón. Tan sólo mi padre me miraba fijamente, esperando a que le diese una buena explicación.

-Lo siento –fue lo único que salió de mi boca.

Mi padre recogió el libro del suelo y me preguntó qué pensaba hacer, de qué iba a vivir. Estaba claro que él no pensaba mantenerme durante mucho más tiempo.

-Mañana mismo salgo para Tenerife, desde Madrid. He comprado el billete de avión por Internet. Una vez allí, me alojaré en un hostel hasta que encuentre trabajo y, cuando reúna el dinero suficiente para pagar el primer mes, me iré a vivir a un piso compartido.

-¿Y en qué vas a trabajar? –quiso saber mi padre, con gesto adusto.

-En lo que sea. Mi sueño es poner una pequeña tienda de libros de segunda mano, pero para ello primero necesito ahorrar. No me importa trabajar como camarero, barrendero o como reponedor en un supermercado. Haré lo que sea.

-Estás loco –susurró mi madre -. Prefieres trabajar de barrendero a usar un título que tantos años y tanto esfuerzo te ha costado conseguir. ¿Por qué barrendero y no abogado? Dime.

-Porque eso es lo que he elegido, mamá. Tengo derecho a equivocarme. Se trata de mi vida. Siento haceros esto. Sé que queréis que triunfe, pero puede que mi idea del éxito no coincida

con la vuestra. No quiero trabajar como un burro para Tolentino por cuatro duros. No quiero quedarme en esta ciudad. No puedo seguir viviendo bajo este techo. Me asfixio.

La caja de Pandora estaba abierta y mi boca no podía parar de soltar verdades, todas las que había estado callando durante tanto tiempo.

Mi padre se levantó del sillón y vino en mi dirección, con Kafka en las manos. Se paró frente a mí, mirándome fijamente a los ojos. Después tomó mis manos entre las suyas y depositó en ellas el libro que había estado leyendo.

-Aquí tienes el primer libro para tu tienda. Que tengas suerte.

Jamás habría esperado una reacción así por parte de mi padre. Me conmovió que, en lugar de ponerse a gritar como un energúmeno, me diera ese voto de confianza, tratando de comprender las razones que me habían llevado a tomar una decisión tan radical como aquella. Estaba convencido de que Luciano no me entendía y, sin embargo, se esforzaba por hacerlo. De alguna forma, aquel libro de Kafka simbolizaba la bendición que mi padre me daba y, sin duda, se convertiría en la piedra angular de mi tienda de libros, si es que algún día llegaba a ver ese sueño hecho realidad.

Mi padre se dirigió a su cuarto y, una vez en el interior, cerró con llave. La conversación había acabado. Mi madre se levantó del sillón, nerviosa, angustiada. Se dirigió hacia donde me encontraba con pasos rápidos y, cuando por fin se hallaba frente a mí, me cogió la barbilla con las manos y me miró con los ojos abiertos de par en par.

-Vas a tirar tu vida a la basura –me susurró, con la voz temblorosa, invadida por la pena.

Me limité a abrazarla con fuerza y a darle un beso en la mejilla. A pesar de sus intentos por ocultarlo, supe que estaba llorando. Yo también lloraba. Tenía miedo de que estuviese en lo cierto.

Me levanté muy temprano para hacer el equipaje, preguntándome si toda una vida podía caber en una maleta. Rompí los *posits* que inundaban mi escritorio y tiré lo que quedaba de ellos a la basura. Hojeé mis listas una y otra vez, sin saber qué hacer con ellas. Mi *lista para ser feliz* me miraba de reojo desde el escritorio, poderosa, conocedora de que era ella la que había empezado todo. Me acerqué hasta donde estaba y la cogí entre mis manos. Leí punto por punto y me reí de mí mismo y de mi ingenuidad. Estaba siguiendo un camino marcado por el producto de unas tardes de aburrimiento otoñal. ¿Cuál sería el siguiente paso: montarme un trío? ¿Tener un hijo, quizás?

En mi mente resonó la voz de Celia, contándome lo que sucedería cuando llegase a Tenerife. Me decía que estaría solo en una pensión de mala muerte, la única que podría permitirme con mis míseros ahorros. Estaría solo y me patearía toda la isla repartiendo currículum, sin obtener respuesta, sin que nadie pareciese dispuesto a contratarme. Ni como camarero, ni como barrendero, ni como reponedor. Me echaría a llorar en la cama, arrepintiéndome de haber tomado una decisión tan importante, sin haber sopesado antes los pros y los contras. Mi huida sería un fracaso, aún mayor que el que habría supuesto quedarme en casa y trabajar para Tolentino. En caso de encontrar un empleo, posiblemente el más precario de todo el archipiélago, nunca reuniría el dinero suficiente para montar mi librería de segunda mano. Y me pasaría la vida barriendo las calles de Tenerife, sin ni siquiera tener tiempo para leer, escribir o hacer cortometrajes. Nunca ganaría ese Oscar.

Estoy de acuerdo con Celia con respecto al Oscar. Pero tal vez necesite irme a Tenerife, o a China, para darme cuenta por mí mismo de que la vida no es tan fácil como yo siempre he creído. Tal vez necesite llorar encerrado en ese sucio hostel tinerfeño, solo, lejos de todo y de todos, para aprender la lección. Puede que para ser realista necesite vivir en el mundo real, pasarlo mal, comprender la necesidad del dinero y dejar de pensar que cae del cielo. Mi viaje no me lleva a ninguna parte, pero tal vez es justo ahí donde necesito ir, para comprender el mundo y adaptarme a él.

Necesito alejarme de mi hogar para echarlo de menos, para empezar a valorarlo. Tengo que irme de esta ciudad para asegurarme de que es aquí donde quiero establecerme y formar una familia. Debo alejarme de Celia para saber cuánto la echo de menos en realidad, hasta que su ausencia me duela y me dé cuenta al fin de lo enamorado que estoy, a pesar de habérmelo negado siempre. Necesito crecer de una maldita vez. Y este cambio de aires me va a venir bien. Estoy seguro.

He escrito estas últimas frases en la estación, mientras esperaba a que llegase mi tren.

Un par de minutos antes de que anunciaran la llegada del mismo por megafonía, he recibido una llamada telefónica. Era Marta. Ilusionada, quería comunicarme la buena nueva: Tolentino ha aceptado mi candidatura y quiere que empiece a trabajar para él desde mañana mismo. No he sabido cómo reaccionar, ni qué decir. Marta, ignorando el simbolismo de mi silencio, cosía unas palabras con otras para formar una retahíla en la que quedaba atrapado sin escapatoria. Me hablaba de dinero, de un contrato de seis meses en prácticas, de un traje nuevo,

de corbatas, de zapatos, de seguridad, de estabilidad. Yo debería haberme alegrado, haber gritado de la emoción. Sin embargo, el único sentimiento que recorría mi cuerpo era el miedo. Después, la tristeza. La soledad. La incomprensión. El querer y no poder, el saber que en un par de minutos, segundos ya, el tren haría su entrada en el andén y yo lo recibiría con cara de pasmado, con el móvil pegado a la oreja, incapaz de actuar. Indeciso hasta el último momento. Insignificante entre tanta gente. Indefenso. Imbécil.

Vi mi cara reflejada en las ventanas del tren, pero desde fuera. Mi rostro inmóvil, serio, mirando fijamente su reflejo, contemplando al Alberto que, por un enigmático efecto óptico, parecía estar dentro del tren.

Los pasajeros se agolpaban a las puertas y se adentraban en los vagones, uno a uno, como con cuentagotas, como si en lugar de personas fuesen los granos de un reloj de arena que marcaba el tiempo que quedaba para decidir lo que quería hacer con mi vida.

Me vi en una encrucijada, frente a dos caminos totalmente opuestos, sin saber cuál de ellos seguir. La gente se sentaba en sus respectivos asientos. Números que designaban posiciones. Cada cual ocupaba el lugar que le había tocado y no otro. ¿Mi sitio estaba dentro de aquel tren?

Mi móvil volvía a estar en el bolsillo de mi pantalón, pero las palabras de Marta resonaban aún en mi cabeza. Sueldo. Estabilidad. Corbatas. Y los nudos de esas corbatas, que nunca sería capaz de hacer por mí mismo, necesitando siempre una mano amiga.

Las manos de mi madre, tan cálidas cuando sujetaban mi barbilla para anunciarme que tirarían mi vida a la basura. No subas a ese tren, me decían.

Las manos de Celia, suaves como su cuello, hábiles y hermosas, lejanas ya. Wendy y sus manos imploraban que no me fuera.

Las manos de mi padre, firmes, fuertes, sujetando al mismo Kafka que ahora yacía en el fondo de mi maleta. Aún no he acabado el libro, me decían. Vuelve a casa para devolvérmelo.

Manos. Caras. Nudos de corbatas. Libros. Dinero. Amor. El qué dirán. El sonido de un tren que se aleja, lentamente. Y la imagen desoladora de un hombre abandonado en un andén, bajo un cielo nublado que promete lluvia.

TÍTULO: EL NUDO DE MI CORBATA

MODALIDAD: Relato corto (Narrativa)

CATEGORÍA: B (de 18 a 35 años)

PSEUDÓNIMO: CAPITÁN COBARDE